

# Presentación

Criticar a la Modernidad pudiera antojarse un ejercicio relativamente fácil debido a los monstruos que ella ha, generosamente, gestado. De los grandes genocidios al ecocidio devastador, la Modernidad no puede ocultar las injusticias que le acompañan. Pero criticarla desde la arena misma de sus grandes logros es otra cosa. Si bien es cierto que son considerables los triunfos que la Modernidad ha tenido en la transformación de sociedades, culturas, pueblos e individuos, también lo es el hecho de que estos mismos logros no están libres de adversidades e injusticias. Hablar de Modernidad es también referirse a sus grandes críticos. De Nietzsche a Cioran no son pocas las voces que se han levantado contra los bienes de la Modernidad, haciendo de sus aciertos grandes tragedias. Quizás uno de los más representativos en este sentido lo sea el gran teórico francés del modelo fordista de la regulación social: Michel Foucault, quien convirtiera a las tendencias emancipatorias de la Modernidad en una claustrofóbica trampa del poder mediado por una intransigente disciplina. Sin embargo, y de frente a los marcos de la globalización neoliberal del tercer milenio, ¿es la lectura clásica de Foucault aún correcta? ¿Es viable reinterpretar al malogrado filósofo de la locura a la luz de problemas y categorías conceptuales novedosos? La filósofa Nancy Fraser, quien abre la sección Perspectivas Teóricas con su artículo “¿De la disciplina hacia la flexibilización? Releyendo a Foucault bajo la sombra de la Globalización”, asegura que sí. La autora propone una muy interesante reinterpretación del célebre autor de *La historia de la sexualidad*, interpretación que ha denominado “transformacionalista” en la que las célebres tesis fordistas del pensador francés son revaloradas en aras de mejor comprender el nuevo modelo de gubernamentalidad que la “aldea global” ha marcado como paradigma.

---

---

Uno de los campos más fértiles para la innovación teórica, debido a su potencial en el campo de la comunicación y creación cultural, lo es, sin duda, el de la semiótica (estudio de los fenómenos relativos a los signos) y la lingüística, el fenómeno semiótico por excelencia. En el segundo de los trabajos de esta sección, Ana Goutman reflexiona sobre estos aspectos en su trabajo “Sema, semántica, semiótica, semiología, cultura”, donde analiza y revalora a la investigación semiótica como un instrumento útil para el estudio del conocimiento humano y, por ende, de sus expresiones culturales.

No sólo la semántica se ocupa de signos, imágenes, símbolos y representaciones; también la ciencia política lo hace a través de diversos códigos de identidad que permiten la convivencia entre los intereses individuales y los objetivos colectivos de individuos y sociedades, de gobiernos y gobernados. Uno de estos códigos de identidad que mejor pueden representar esta dialéctica relación es, sin duda, el espacio público. Del ágora al foro a la plaza a los medios de comunicación, el espacio público ha tenido una trayectoria histórica de suyo interesante caracterizada por sus relaciones con el poder y su compromiso con la sociedad, representados, en nuestros días, por el político y el periodista. En su trabajo, “La política y el periodismo en el nuevo espacio público” —artículo que abre la sección Cuestiones Contemporáneas—, Félix Ortega analiza, desde una perspectiva histórico-sociológica, la no siempre fácil relación entre el espacio público, la dinámica política y los medios masivos de comunicación, y los quiebres que el significado de espacio público ha tenido como resultado de esta relación.

La semántica, como vehículo expresivo, y el espacio público, como agente expresor, coincidieron en el derecho a la libertad de expresión. Sin embargo, en la “aldea global”, donde la presencia física del individuo no es ya más necesaria para transmitir mensajes, esta relación se ha visto afectada hasta el punto de desarticular al hombre-individuo-ciudadano del acto comunicativo con respecto de sus demás congéneres. En este sentido, tanto la semántica como el espacio público han debido cambiar sus tradicionales canales de transmisión: la reunión pública para intercambiar ideas, proyectos, visiones de mundo y sentidos de vida, ya no es necesaria; la comunicación mediática la ha suplido. La conformación de la opinión pública no pasa ya necesariamente por el debate público; los

medios de comunicación electrónicos masivos se han convertido en el nuevo interlocutor. ¿Prácticas de comunicación sin participación pública? Para dar respuesta a esta interrogante, Lino Rizzi, analiza desde la filosofía política, la disociación en el mundo posmoderno entre la noción política de ciudadanía y la ciencia de la comunicación mediática en su artículo “Comunicación mediática y consenso democrático. Una investigación sobre las transformaciones de la obligación política”.

Como consecuencia de la disociación entre el acto político, la esfera pública y los medios de comunicación se crea una contradicción entre el sistema democrático y las prácticas de comunicación sin participación pública. Un ejemplo de esta ruptura lo encontramos en las nóveles democracias latinoamericanas y los retos que enfrentan. Con excepción de Cuba, prácticamente todos los regímenes de América Latina se definen como demócratas. Sin embargo, este signo no siempre trasmite el significado que representa. Estos procesos de democratización no se han logrado traducir en bienestar social, ni en un mayor respeto a los derechos humanos, ni en boyantes economías. Hablar de democracia en Latinoamérica es referirse al mismo tiempo a aquellos problemas sociales que este tipo de gobiernos debería acabar: exclusión social, desempleo, inseguridad pública, intolerancia política o social, violaciones de derechos, torturas, guerrillas, inestabilidad, pobreza. En la sección Sociedad y Política, Philip Oxhorn debate al respecto en su bien logrado artículo “Cuando la democracia no es tan democrática. La exclusión social y los límites de la esfera pública en América Latina”, donde analiza el por qué buena parte de la ciudadanía que tiene un papel destacado y activo en la esfera pública queda, por ello, marginada. Otra de las paradojas de la Modernidad.

El gran filósofo de la ciencia, Karl Popper, también criticó los excesos de la Modernidad a través del actuar político. El fenómeno que él denominó “sociedades cerradas” (tribales, intolerantes, endogámicas y excluyentes, típicas de las comunidades antiguas y tradicionales) no sólo no se ha acabado, sino que se continúa, a pesar de la irrupción de la “sociedad abierta” (democrática, tolerante, exogámica e incluyente) y su lucha por lograr el sueño político de la Ilustración, en el presente. No sólo eso, el siglo XXI inicia con una marcada tendencia hacia nacionalismos chauvinistas y xenófobos

---

---

en no pocas partes del mundo otrora denominado “libre”. Países considerados como bastiones de democracia y libertades (Francia, Austria, Suiza, Italia, Gran Bretaña, Dinamarca, Holanda, Bélgica, Alemania, Suecia, Noruega —ni qué decir de la situación en África, Asia y Latinoamérica—) han debido sufrir los embates enérgicos de partidos políticos de derecha o extrema derecha, mismos que han ganado electoralmente no pocos escaños en los respectivos parlamentos. ¿Por qué la irrupción de nuevo de las sociedades cerradas en un mundo cada vez más abiertamente globalizado? En su trabajo “El presente de la derecha y la ultraderecha en el mundo”, Octavio Rodríguez analiza este fenómeno a través de una revisión de las características de los gobiernos de cinco continentes en el mundo actual.

México no es la excepción a la regla. A pesar del proceso democratizador que desde finales de los años ochenta se ha venido dando, aún se está muy lejos de lograr una verdadera y funcional cultura democrática. La falta de un proyecto nacional, la economía disfuncional, los constantes pleitos interpartidistas y las no pocas veleidades de los dirigentes políticos han hecho del país un Estado “inoperante” en muchos aspectos. La urgencia de reformas de todo tipo se hace evidente. Una de ellas, la política, toca uno de los temas más polémicos debatidos y debatibles en la cada vez más cerrada vida política de México: la reelección de diputados y senadores. Cerrando la sección, el artículo de Luisa Béjar, “La reelección parlamentaria inmediata: un reto en la agenda política de México”, analiza el tema y se cuestiona acerca de las consecuencias que para el país ha tenido la estricta prohibición constitucional que al respecto existe e indaga por igual qué intereses pudieran esconderse en la decisión —a favor o en contra— que los legisladores, tarde o temprano, tendrán que hacer al respecto.

En la sección Documentos, publicamos los comentarios de Víctor Alarcón —El ideal en un mundo global y posfordista— y Esther Kravzov —“Globalización e identidad cultural”— a la conferencia magistral que dictó la doctora Nancy Fraser, de la *New School for Social Research*, el 27 de febrero del 2003 en la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales de la UNAM y cuyo texto abre, precisamente, la presente edición.

Cierran la presente edición dos reseñas que constituyen, cada una de ellas, serias reflexiones sobre una temática añeja y permanente-

mente nueva: la ética. Ante la relevancia del tema, Judit Bokser y León Olivé reseñan la obra *Por una causa común, ética para la diversidad* de Norbert Bilbeny, uno de los grandes teóricos de la ética moderna. En una aldea global caracterizada por espirales de violencia sin cesar; en un universo dominado por la impersonalidad de los mercados, que es incapaz de ver la injusticia, de escuchar la advertencia, de sentir la necesidad ajena y de paladear, en cambio, el sabor del conflicto, cabe preguntarse: ¿ha servido de algo la ética o es necesario una nueva? En caso afirmativo, ¿cómo debe ser ésta? ¿universal absoluta o casuística relativa? ¿individual o social? ¿liberal o comunitarista? A todas luces, parece necesario, antes que nada, un nuevo pacto social para la posmodernidad globalizada, pacto que, a partir de la filosofía moral y la política, derive en identidades compartidas que den paso a un pluralismo cultural y éste, finalmente, a una ética intercultural digna de sociedades pluriculturales, plurinacionales, pluriétnicas, pluriconfesionales y plurilingüísticas. Sociedades verdaderamente iguales por diversas y verdaderamente éticas por humanas.



---

---

**Perspectivas  
teóricas**

---

---